

**EL MUNDO DE LA SELVA  
EN CARPENTIER Y SEPÚLVEDA:  
LOS PASOS PERDIDOS Y  
UN VIEJO QUE LEÍA NOVELAS DE AMOR**

The world of the jungle in Carpentier and Sepúlveda:  
*The Lost Steps and The Old Man Who Read Love Stories*

Víctor Iván Miranda Rodríguez  
Estudiante graduado  
Programa Graduado de Estudios Hispánicos  
Universidad de Puerto Rico  
Correo electrónico: victor.miranda5@upr.edu

Resumen

El motivo de este trabajo es analizar las perspectivas que ofrecen las novelas *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *Un viejo que leía novelas de amor* de Luis Sepúlveda respecto al mundo natural primitivo de la selva amazónica, los puntos de convergencia o divergencia entre ambas visiones y la configuración de una dicotomía entre la naturaleza y la civilización. Este análisis explora el espacio de la jungla en ambas novelas como ente vital, indomable, atemporal e indefinible, donde reinan la aventura, el peligro y la belleza.

*Palabras clave:* Carpentier, Sepúlveda, selva, naturaleza, civilización.

Abstract

This work analyzes the perspectives offered by the novels *The Lost Steps* by Alejo Carpentier and *An Old Man Who Read Love Stories* by Luis Sepúlveda regarding the primitive natural world of the Amazon rainforest, the points of convergence or divergence between both visions and the configuration of a dichotomy between nature and civilization. This analysis explores the space of the jungle in both novels as a vital, indomitable, timeless and undefinable entity, where adventure, danger and beauty reign.

*Keywords:* Carpentier, Sepúlveda, jungle, nature, civilization.

*Recibido: 7 de febrero de 2021. Aprobado: 15 de abril de 2021.*

Alejo Carpentier y Valmont (1904-1980), escritor y musicólogo nacido en Lausanne, Suiza, y criado en La Habana, Cuba, escribe *Los pasos perdidos* (1953), una de sus novelas más reconocidas, durante su estadía en Caracas, Venezuela, a mediados del siglo pasado (1945-1959); traslado que realizó debido a la situación política de su amada Cuba bajo el gobierno del general Fulgencio Batista (Barreiro 2). Luis Sepúlveda Calfucura (1949-2020), escritor, periodista y cineasta nacido en Ovalle, Chile, publicó en 1993 su primer *best-seller* mundial, *Un viejo que leía novelas de amor*, escrita entre 1987 y 1988, en su exilio a Europa tras haber estado preso durante la dictadura de Augusto Pinochet (Ruiza *et al.*). En ambas novelas, *Los pasos perdidos* y *Un viejo que leía novelas de amor* se explora magistralmente el mundo de la selva amazónica desde Perú y el Ecuador, respectivamente; el motivo de este trabajo será analizar las perspectivas que ofrecen ambos relatos respecto a este mundo natural primitivo, los puntos de convergencia o divergencia entre ambas visiones y la configuración de una dicotomía entre la naturaleza y la civilización.

Por un lado, *Los pasos perdidos* gira en torno a un protagonista masculino de nombre no mencionado; un musicólogo y compositor; aficionado del cine, la literatura y las artes plásticas; hombre culto y ocioso, a modo de *flâneur*, y amigo del alcohol; que, también, llegó a servir como intérprete militar durante un período de guerra. La trama sigue la historia de este hombre que, cansado del automatismo de la vida en la ciudad, se lanza en una encomienda en busca de arcaicos instrumentos musicales aborígenes en la Selva del Sur de Venezuela, a orillas del gran río Orinoco, descubriendo en el trayecto las maravillas de la naturaleza y los orígenes de la música, la vida humana y el tiempo. Por otro lado, *Un viejo que leía novelas de amor* es protagonizada por Antonio José Bolívar Proaño, «un viejo de cuerpo correoso al que parecía no importar le el cargar con tanto nombre de prócer» (9), un hombre solitario cerca de los setenta años, amante de las novelas de amor, conocedor de la selva y su fauna y la cultura y el idioma de la tribu shuar. El viejo Bolívar, con sus conocimientos y experiencias en el mundo de la selva que lo han dotado de un carácter detectivesco, cual un Sherlock Holmes de la selva, se lanza a la caza de una tigrilla vengativa que asecha su hogar, el pueblo de El Idilio, sumido en la

selva ecuatoriana frente al río Nangaritza. Es notable destacar que el personaje de Bolívar es un veterano de la selva, mientras que el protagonista de *Los pasos perdidos* es meramente un turista que visita por vez primera este mundo natural desconocido, pues esta diferencia fundamental definirá sus perspectivas en torno al mundo selvático.

En *Un viejo que leía novelas de amor*, la naturaleza es expuesta primordialmente como un mundo peligroso, violento, implacable, despiadado y digno de respeto. El pueblo de El Idilio es un «rincón perdido del oriente», «un territorio ingobernable», un pueblo en «una selva más antigua que todos los Estados», en una «selva sin límites posibles» (12). La selva amazónica es un espacio lleno de animales feroces, insectos mortíferos, de tierra débil para la siembra, ríos imponentes, diluvios constantes y cambios climáticos extremos. Es un espacio que funciona como un personaje clave del relato sepulvedano, un ente que rechaza ser habitado por el ser humano, incluso con carácter vengativo: «La pareja se dio a la tarea de construir precariamente una choza, y enseguida se lanzaron a desbrozar el monte. Trabajando desde el alba hasta el atardecer arrancaban un árbol, unas lianas, unas plantas, y al amanecer del día siguiente las veían crecer de nuevo, con vigor vengativo» (20).

Al principio del relato de *Los pasos perdidos*, se puede percibir una ligera visión negativa del mundo de la selva, no por su indomabilidad, sino por su aparente carácter acultural frente al espacio de la ciudad; esta perspectiva no es reflejada por el narrador-protagonista carpentierino, sino por otros personajes como, por ejemplo, los artistas en la casa de Los Altos que preciaban más la cultura europea que sus propias culturas y veían a la selva como un espacio atrasado y de cultura inexistente:

Les pregunté entonces, por no dejar la palabra a mi amiga, si habían ido hacia la selva. El poeta indio respondió, encogiéndose de hombros, que nada había que ver en ese rumbo, por lejos que se anduviera, y que tales viajes se dejaban para los forasteros ávidos de coleccionar arcos y carcajes. La cultura –afirmaba el pintor negro– no estaba en la selva. Según el músico, el artista de hoy sólo podía vivir donde el pensamiento y la creación estuvieran más activos en el presente, regresándose a la ciudad cuya topografía intelectual estaba en la mente de sus compañeros [...]. (38)

Del mismo modo, en un principio la perspectiva del protagonista sepulvedano, Antonio José Bolívar, hacia la naturaleza indomable refleja negatividad; este ve la selva como su enemiga luego de sus primeros dos años habitando en ella, tras la muerte de su esposa por la malaria:

Estaba obligado a quedarse, a permanecer acompañado apenas por recuerdos. Quería vengarse de aquella región maldita, de ese infierno verde que le arrebatara el amor y los sueños. Soñaba con un gran fuego convirtiendo la amazonia entera en una pira. Y en su impotencia descubrió que no conocía tan bien la selva como para poder odiarla. (21)

Sin embargo, esta visión cambiará al conocer el mundo selvático a través de los indios shuar, pues la inmersión de Bolívar en la cultura de los indígenas le permitió encontrar una nueva y profunda apreciación a la vida en la selva y, en ella, a su vez, la libertad: «Antonio José Bolívar Proaño nunca pensó en la palabra libertad, y la disfrutaba a su antojo en la selva. Por más que intentara revivir su proyecto de odio, no dejaba de sentirse a gusto en aquel mundo, hasta que lo fue olvidando, seducido por las invitaciones de aquellos parajes sin límites y sin dueños» (21). La inmersión del protagonista carpentierino en la cultura de los indígenas presentes en *Los pasos perdidos* le permitió ver que estos seres humanos tenían una cultura muy desarrollada y conocimientos esenciales y únicos para la sobrevivencia en la selva amazónica:

Aquellos indios que yo siempre había visto a través de relatos más o menos fantasiosos, considerándolos como seres situados al margen de la existencia real del hombre, me resultaban, en su ámbito, en su medio, absolutamente dueños de su cultura. Nada era más ajeno a su realidad que el absurdo concepto del salvaje. La evidencia de que desconocían cosas que eran para mí esenciales y necesarias, estaba muy lejos de vestirlos de primitivismo. (93)

Siguiendo esta línea, en ambas novelas la presencia de los indígenas sirve para demostrar que el mundo selvático, a pesar de su naturaleza casi impenetrable e inhóspita, no es un espacio ajeno de cultura, sino todo lo

contrario: las culturas indígenas en ambos relatos son los principales instrumentos de sobrevivencia y fuente de conocimiento y apreciación de la naturaleza masiva que rodea a los protagonistas.

El narrador-protagonista en *Los pasos perdidos* se inclina hacia la exaltación de la selva, al punto de que en ocasiones se siente cual si fuera uno con ella, sumido en la sublime contemplación de la natura y el espacio: «Desde mi punto de vista de guijarro, de grama, abarco, en su casi totalidad, una circunferencia que es parte cabal, entera, del planeta en que vivo» (59). La exaltación del narrador por la naturaleza también se ve matizada por la exaltación de la vida lejos de la ciudad moderna, una vida humilde y tranquila en la que aún se conservan las raíces en las costumbres, tradiciones y creencias (66). El viaje a la Selva del Sur le sirvió al protagonista como un vehículo para reencontrar su propósito y destino de vida; su viaje hacia el pasado se puede ver como un viaje hacia su futuro, el escape del estancamiento y el automatismo de un presente cíclico, desabrido y mustio en la ciudad moderna. Es en la Selva donde finalmente sus pasos ya no están perdidos: «En Santa Mónica de los Venados, mientras estoy con los ojos abiertos, mis horas me pertenecen. Soy dueño de mis pasos y los afinco en donde quiero» (144). Aunque no se trata de una exaltación por el descubrimiento de un mundo nuevo, como es el caso de este protagonista carpentierino desde la perspectiva de un turista o viajero, el viejo Bolívar en la novela de Sepúlveda muestra una gran admiración y respeto por la selva que lo alberga. Del mismo modo, este encontró en ella su libertad, su verdadero hogar y estilo de vida, y aún más allá su identidad; sintiéndose, al igual que el protagonista de Carpentier, uno con la selva: «se vio a sí mismo como parte innegable de esos lugares en perpetuo cambio, como un pelo más de aquel infinito cuerpo verde, pensando y sintiendo como un shuar [...]» (22).

A medida que se sigue sumergiendo el protagonista de *Los pasos perdidos* en la selva, su atracción por lo pasado crece y se transforma en un afán de descubrimiento de lo perdido, del pasado de la civilización escondido por la naturaleza: «Era como si una civilización extraña, de hombres distintos a los conocidos, hubiera florecido allí, dejando, al perderse en la noche de las edades, los vestigios de una arquitectura creada con fines ignorados» (74). Hallándose en los umbrales de la zona «menos explorada del planeta», según el herborizador Montsalvatje (77), «su mito vivía en la imaginación de cuantos moraban en las cercanías de la selva —es decir: de

lo Desconocido—» (78). Esta sensación de dislocación temporal e inmersión en lo desconocido también se puede ver en *Un viejo que leía novelas de amor*, pues el mundo selvático se muestra ajeno al tiempo hasta que el hombre civilizado llega a amenazarla: «Viendo pasar el río Nangaritzta hubiera podido pensar que el tiempo esquivaba aquel rincón amazónico, pero las aves sabían que poderosas lenguas avanzaban desde occidente hurgando en el cuerpo de la selva» (24).

El mundo de la selva de Sepúlveda se muestra como un opuesto a la ciudad, un mundo de libertad y sin límites que se defiende de sus invasores; la ciudad representa el reemplazo total del terreno natural por la civilización. Sin embargo, es curioso notar que, en la novela de Carpentier, según expresa el narrador-protagonista al adentrarse en las profundidades tropicales de la selva, la naturaleza exhibe un orden particular y se presenta como una ciudad en sí, aunque esta se defiende contra el hombre:

Esto que miraba era algo como una titánica ciudad —ciudad de edificaciones múltiples y espaciadas—, con escaleras ciclópeas, mausoleos metidos en las nubes, explanadas inmensas dominadas por extrañas fortalezas de obsidiana, sin almenas ni troneras, que parecían estar ahí para defender la entrada de algún reino prohibido al hombre. (92)

En este pasaje de la novela de Carpentier, elementos que funcionan como antítesis en la novela de Sepúlveda, son fusionados armoniosamente a través de una deliciosa prosa poética. Acompañando esta noción y reforzando el rechazo a la vida en la ciudad moderna, el protagonista de *Los pasos perdidos* considera la selva un espacio más habitable y lleno de belleza que la ciudad civilizada: «Es indudable que la naturaleza que aquí nos circunda es implacable, terrible, a pesar de su belleza. Pero los que en medio de ella viven la consideran menos mala, más tratable, que los espantos y sobresaltos, las crueldades frías, las amenazas siempre renovadas, del mundo de allá» (105). El narrador de *Un viejo que leía novelas de amor*, aunque resalta el carácter implacable, violento y feroz de la selva, muestra a través del protagonista a la selva como un espacio predilecto para vivir por la libertad que ofrece al que está dispuesto ajustarse a ella.

Al describir la naturaleza, la estética de «lo real maravilloso» subyace y permea la novela *Los pasos perdidos*; donde la visión de la

realidad converge con el misterio, lo fantástico, lo extraordinario y lo sublime. A lo largo del libro se dan instancias donde la naturaleza, en su grandeza y realidad pareciera quebrar los límites de lo verosímil, como cuando los insectos invaden el hotel en cuarentena durante el fenómeno catastrófico de «el Gusano» ante la falta de agua y los cadáveres en la calle frente al local (30-31) o cuando miríadas de pequeñas mariposas llovían eclipsando el cielo (72-73). El narrador expresa la esencia sorprendente, asombrosa e inesperada del viaje por la selva: «[...] la marcha por los caminos excepcionales se emprende inconscientemente, sin tener la sensación de lo maravilloso en el instante de vivirlo [...]» (147). La naturaleza en *Los pasos perdidos* desdibuja y confunde los límites entre lo real y lo ficticio o ilusorio: «Lo que más me asombraba era el inacabable mimetismo de la naturaleza virgen. Aquí todo parecía otra cosa, creándose un mundo de apariencias que ocultaba la realidad, poniendo muchas verdades en entredicho» (89). Esta estética de «lo real maravilloso», abarcada por Carpentier en su novela, respecto a la naturaleza selvática no reluce en la novela de Sepúlveda. Las descripciones de la selva amazónica ofrecidas por el narrador de *Un viejo que leía novelas de amor* están más afinadas a la realidad, con lenguaje menos poético e incluso rozando en lo grotesco, e. g.: «Una serie de quebradas lo condujeron hasta una zona de vegetación frondosa, poblada de avisperos y panales de abejas laboriosas, vetada de mierda de pájaros por todas partes» (30). No obstante, algunos fragmentos cargados de metáforas e imágenes sensoriales reflejan una ligera poesía que dota a la naturaleza selvática de una belleza natural: «Adentro llovía menos pero caían chorros más gruesos. La lluvia no conseguía traspasar el tupido techo vegetal. Se acumulaba en las hojas y al ceder las ramas bajo el peso se precipitaba aromatizada por todas las especias» (43). Quizás lo más cercano a presentar la selva como algo real-maravilloso, sea el siguiente pasaje de la narración sepulveda por el colorido y las imágenes que parecerían haber sido tomadas de un cuento de maravillas, pero sin perder su asiento en la realidad:

De pronto, millones de agujas plateadas perforaron el techo selvático iluminando intensamente los lugares donde caían. Estaba justo bajo un claro de nubes, encandilado con los reflejos del sol cayendo sobre las plantas húmedas. Se

frotó los ojos maldiciendo y, rodeado por cientos de efímeros arco iris, se apresuró en salir de allí antes que comenzara la temida evaporación. (58)

Al igual que en la novela sepulvedana, en *Los pasos perdidos* se configura una compleja dicotomía entre dos mundos, el de *acá* y el de *allá*, entre los *topos* de la ciudad y la selva, entre el mundo de la civilización y el mundo de la naturaleza. La ciudad es representada por el narrador tanto negativa como positivamente. En el primer capítulo, el protagonista resalta la realidad deprimente y deshumanizadora de la ciudad donde la «gente que bebía diariamente para defenderse contra el desaliento, las congojas del fracaso, el descontento de sí mismos, el miedo al rechazo de un manuscrito o la dureza, simplemente, de aquella ciudad del perenne anonimato dentro de la multitud, de la eterna prisa [...]» (15). Aunque ocasionalmente subyace una crítica al urbanismo ensalzando el poder de la naturaleza, el narrador, con su mirada contemplativa y exhaustiva, también recurre a la exaltación de la ciudad por su arquitectura, arte, literatura y monumentos culturales:

Y, sin embargo, en este rincón de provincia, donde cada esquina, cada puerta claveteada, respondía a un modo particular de vivir, yo encontraba un encanto que habían perdido, en las poblaciones-museos, las piedras demasiado manoseadas y fotografiadas. Vista de noche, la ciudad se hacía aleluya de ciudad adosada a una sierra [...]. (35)

La civilización en *Un viejo que leía novelas de amor* se presenta mayormente a través de los gringos cazadores y buscadores de oro, una peste de «individuos sin escrúpulos venidos desde todos los confines sin otro norte que una riqueza rápida» (25). Rodrigo Malaver Rodríguez afirma que «La caracterización que se hace en la novela de los gringos, los colonos, y la figura del poder, representada en el alcalde, es exagerada para crear un efecto de rechazo a sus conductas frente al ambiente natural que representa la selva, efecto que el lector amplía con sus propias experiencias» («La ecoliteratura...» 15). Estos viajeros de baja moral no respetan el mundo virginal de la selva y en su ignorancia y arrogancia destruyen todo lo que encuentran:

Tanto los colonos como los buscadores de oro cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración, y esto conseguía que algunas bestias se volvieran feroces. [...] Antonio José Bolívar se ocupaba de mantenerlos [los gringos] a raya, en tanto los colonos destruían la selva construyendo la obra maestra del hombre civilizado: el desierto. (Carpentier 27)

No obstante, la Naturaleza y sus habitantes, la fauna y los indígenas prevalecen ante los embates de la civilización «las especies sobrevivientes se tornaron más astutas, y, siguiendo el ejemplo de los shuar y otras culturas amazónicas, los animales también se internaron selva adentro, en un éxodo imprescindible hacia el oriente» (27), «alejándose de los extraños que aparecían ocupando las riberas del Nangaritzza» (24).

Otro aspecto de perspectiva respecto a la civilización es el desdén de la barbarie humana, ejemplificado en *Los pasos perdidos* por medio de la crítica a la guerra y su barbarie sangrienta donde subyace cierta indignación por la humanidad y su poder destructor. Esta visión de la barbarie de la civilización es apoyada por el relato de *Un viejo que leía novelas de amor*, que con franqueza revela el carácter devastador de la milicia que ataca a los habitantes de la selva con motivo civilizador: «Nushiño llegó un día con una herida de bala en la espalda, recuerdo de una expedición civilizadora de los militares peruanos» (23). La oración de cierre de la novela de Sepúlveda resalta esta indignación por la desgracia que trae la humanidad al espacio virgen de la naturaleza selvática:

Antonio José Bolívar Proaño se quitó la dentadura postiza, la guardó envuelta en el pañuelo y, sin dejar de maldecir al gringo inaugurador de la tragedia, al alcalde, a los buscadores de oro, a todos los que emputecían la virginidad de su amazonia, cortó de un machetazo una gruesa rama, y apoyado en ella se echó a andar en pos de El Idilio, de su choza, y de sus novelas que hablaban del amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana. (62)

A pesar de cuarenta años de distancia temporal entre ambos textos, Alejo Carpentier y Luis Sepúlveda logran captar desde ángulos distintos,

aunque con variados puntos de convergencia, la esencia del mundo selvático de la Amazonía en relatos desarrollados en países vecinos, Perú y Ecuador. A través de la perspectiva de un viajero externo a la jungla, Alejo Carpentier retrata en *Los pasos perdidos* la belleza del mundo natural de la selva desde la estética de «lo real maravilloso», mientras que Luis Sepúlveda retrata en *Un viejo que leía novelas de amor*, por medio de una narrativa protagonizada por un habitante veterano de la selva, una noción realista de la naturaleza como un ente violento, implacable y digno de respeto. Por un lado, Carpentier promociona a la selva como una aventura intrínseca para entender la experiencia humana y, por otro lado, Sepúlveda parece hacer lo contrario, pues muestra en su obra un carácter proteccionista de la naturaleza, un espacio virginal que no debe ser manchado por el hombre («La selva imaginada...» 39). Los protagonistas de ambas novelas consideran la selva un espacio donde florece una rica cultura indígena, un mundo donde se desdibuja el tiempo y un destino donde definieron su identidad y hallaron la libertad. Siguiendo las palabras de Gabriele Bizzarri referente a la novela de Sepúlveda, al considerar que en ella «los ecos de la gran tradición narrativa hispanoamericana del siglo XX, la que, buscando o construyendo una identidad propia, emancipada, por fin, de los modelos coloniales, se concentra en matizar las fronteras que separan y oponen el Viejo y el Nuevo Mundo, la civilización y la barbarie [...]» (11), considero que, tanto Sepúlveda con *Un viejo que leía novelas de amor* como Carpentier con *Los pasos perdidos*, logran configurar en su narrativa una dicotomía entre la naturaleza y la civilización, donde el hombre representa la verdadera barbarie y el mundo selvático se muestra más «civilizado» que la propia civilización, a pesar de su indómita naturaleza.

## OBRAS CITADAS

- Barreiro Jiménez, David. «Los pasos perdidos (1953) de Alejo Carpentier – “La selva y la búsqueda de la felicidad”». *Crisol*, 4, Université Paris Nanterre; pp. 1-15. [crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/download/63/58/](http://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/download/63/58/). Accedido 11 Nov. 2020.
- Bizzarri, Gabriele. «“Un viejo que leía novelas del boom”: natura, cultura y maravilla en Luis Sepúlveda». *Acta Iassyensia Comparationis*, vol. 2, núm. 24, 2019, pp. 11-27. [literaturacomparata.com](http://literaturacomparata.com).

- ro/Site\_Acta/issues/aic-24/02%20Bizzarri\_Layout%201.pdf/.  
Accedido 11 Dic. 2020.
- Carpentier, Alejo. *Los pasos perdidos*. 1953. Editorial Palabras, 2014.germarmu.files.wordpress.com/2014/09/alejo-carpentier-los-pasos-perdidos.pdf/. Accedido 5 Oct. 2020.
- Ferrada Alarcón, Ricardo. «Texto e identidad en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier». *Literatura y Lingüística*, 17, Santiago, 2006; pp. 141-155.scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\_arttext&pid=S0716-58112006000100010/. Accedido 11 Nov. 2020.
- González Echevarría, Roberto. «Alejo Carpentier». *Encyclopædia Britannica*, 17 Abril 2018, www.britannica.com/biography/Alejo-Carpentier-y-Valmont/. Accedido 11 Nov. 2020.
- Malaver Rodríguez, Rodrigo. «La ecoliteratura de la selva en la novela latinoamericana: *Un viejo que leía novelas de amor*». *Folios*, núm. 14, 2001, 2da época, pp. 1-19. revistas.pedagogica.edu.co/index.php/RF/article/download/5864/4848/. Accedido 11 Dic. 2020.
- . «La selva imaginada: una relectura crítica de *Un viejo que leía novelas de amor* de Luis Sepúlveda». *Cuadernos de Literatura*, vol. 7, núms. 13-14, 2001, págs. 31-44. dialnet.unirioja.es/download/articulo/5228341.pdf/. Accedido 11 Dic. 2020.
- Morales, Ángel Luis. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Río Piedras, Editorial Edil, 1974; 463 pp.
- Pellicer, Rosa. «*Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier: las vacaciones de Sísifo». *Universidad de La Habana*, 281, 2016; pp. 18-30. scielo.sld.cu/pdf/uh/n281/uh02281.pdf/. Accedido 11 Nov. 2020.
- Ruiza, M., T. Fernández y E. Tamaro. «Biografía de Luis Sepúlveda». *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Barcelona (España), 2004. www.biografiasyvidas.com/biografia/s/sepulveda\_luis.htm/. Accedido 11 Dic. 2020.
- Sepúlveda, Luis. *Un viejo que leía novelas de amor*. 1989. Tusquets Editores, 1998; 62 pp. maestrojgcv.weebly.com/uploads/7/5/7/0/7570259/un\_viejo\_que\_leia\_novelas\_de\_amor.pdf/. Accedido 11 Dic. 2020.